

## Unión Soviética: la cuestión de los disidentes

La aparición de un movimiento de oposición interior es uno de los acontecimientos más significativos, en el plano socio-político, de la evolución seguida por los países de la Europa del Este a lo largo de los últimos veinticinco, o treinta años. En la propia Unión Soviética y en varios países de su área de influencia -de forma especial en Hungría, Checoslovaquia y Polonia- la disidencia política adquirió, especialmente a lo largo de la segunda mitad de la década de los años setenta, unas proporciones considerables, erosionando notablemente el prestigio y la credibilidad del sistema soviético.

Los orígenes de la actual oposición antisoviética datan de la década de los años cincuenta. Después de la muerte de Joseph Stalin, gracias a la tenue apertura emprendida inicialmente por Nikita Jruschev, se produjo una progresiva revitalización de la oposición, hasta entonces prácticamente inexistente a causa de la feroz represión estalinista. Las optimistas perspectivas de liberalización suscitadas por el «deshielo» jruscheviano pronto se vieron defraudadas. La interven-

ción directa del Kremlin en Hungría en 1956 puso claramente de manifiesto el limitado alcance de la apertura impulsada por Jruschev y que todo intento de transformación interna del régimen -lo que se ha venido a llamar «reforma desde arriba»— era inviable, pero a partir de entonces empezaron a proliferar diversos núcleos contestatarios.

### La herencia histórica

No obstante, la cuestión de los disidentes no empezó a inquietar seriamente a los dignatarios soviéticos hasta bien entrada la década de los sesenta e iniciado ya el mandato de Leonid Brézhnev. Desde mediados de los años sesenta, de forma especial tras el proceso de los escritores Luli Daniel y Andrei Siniavski celebrado en 1966 - en el cual, acusados de publicar textos antisoviéticos en Occidente, fueron condenados a siete y cinco años de prisión respectivamente-, la oposición intensificó notablemente sus actividades.

En 1968, a iniciativa de Natalia Gorbanevskaya, empezó a editarse en

«samizdat» -nombre con el que se designan los libros y boletines clandestinos reproducidos mediante ciclostil u otros procedimientos semejantes-irónica de los acontecimientos cotidianos». La aparición de esta publicación, en la cual se da cuenta de las actividades de los disidentes, en cierta medida significó el inicio del movimiento en favor de los derechos humanos que tanta importancia adquiriría en los años subsiguientes. «Si se quisiera definir lo que en aquella época era la característica principal del Movimiento -subrayó años más tarde Andrei Amalrik-, diría que es el haber tomado posición contra el "doble pensamiento", esto es, la costumbre de pensar una cosa y decir otra. Diciendo abiertamente lo que pensaban, suscitando el problema de los derechos del hombre y simultáneamente el de la responsabilidad moral, los miembros del Movimiento comenzaron a socavar un pilar, invisible pero esencial, del régimen».<sup>1</sup>

Tras la intervención en 1968 de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, lo que a la postre representó el fin de la «nueva vía socialista» promovida por Alexander Dubcek, los dirigentes soviéticos intensificaron las medidas intimidatorias contra los núcleos dirigentes, que a raíz de los acontecimientos checoslovacos habían entrado en un periodo de especial efervescencia, multiplicándose las detenciones y los juicios, que eran seguidos en Occidente con una creciente atención. A este respecto, basta recordar el proceso contra los intelectuales Alexander Guinzburg y Iuri Galanskov, que fueron condenados respectivamente a cinco y siete años de reclusión acusados de espionaje y subversión ideológica, el cual alcanzó una resonancia prácticamente mundial.

A partir de entonces, según diversas fuentes dignas de crédito, las autoridades soviéticas no dudaron en recurrir a métodos represivos de carácter psiquiátrico para acallar a los disidentes más recalcitrantes. «Esto era una amenaza mortal para nuestro movimiento -explicaría posteriormente el conocido disidente Vladimir Bukovski-. Al poco tiempo muchos de los nuestros, los más obstinados y consecuentes, eran declarados irresponsables. Lo que no pudieron conseguir las fuerzas del Pacto de Varsovia, ni las cárceles, ni los campos de concentración, los interrogatorios, registros, despidos, chantajes ni amenazas, lo estaba consiguiendo la psiquiatría. (...) Con estos métodos las autoridades eludían al mismo tiempo aquellos juicios vergonzosos, ya que los irresponsables eran juzgados «in absentis» y a puerta cerrada, y los hechos del sumario ni siquiera se revisaban.»<sup>2</sup> En 1975, Amnistía Internacional publicó un extenso informe, titulado «Prisoners of conscience in the USSR: Their treatment and conditions» (Presos de conciencia en la Unión Soviética: su tratamiento y condiciones), en el cual daba cuenta de la precaria situación en que se encontraban éstos y cifraba, por aquel entonces, en alrededor de diez mil el número de reclusos por motivos de índole política. A raíz de todo ello el movimiento disidente, aun sin desaparecer totalmente, quedó sumido en un cierto «impasse» del que resurgiría con un renovado ímpetu a mediados de la década de los años setenta.

---

<sup>1</sup> Andrei Amalrik, «Historia de la disidencia», El Viejo Topo, extra núm. 2, Barcelona, 1977, pág. 62.

<sup>2</sup> Vladimir Bukovski, «El viento sopla otra vez». Argos Vergara, Barcelona, 1978, pág. 325.

## El alegato Soljenitsin

Así las cosas, la publicación en 1973 del primer volumen de la polémica trilogía «Archipiélago Gulag» de Alexander Soljenitsin, obra que constituye una documentada y elocuente denuncia de la represión estaliniana, tuvo una honda repercusión en Occidente y destruyó de un golpe las ilusiones de muchos de quienes todavía veían en el sistema soviético un fiel modelo a seguir.

Soljenitsin, premio Nobel de literatura en 1970, es una de las figuras más significativas de la disidencia soviética. Su decidida oposición al régimen soviético ha sido una constante a lo largo de su vida. Soljenitsin nació en Rostov, en el seno de una familia de la intelectualidad cosaca, el 11 de diciembre de 1918. En 1933, tras estudiar física y matemáticas en la Universidad de Rostov, se trasladó a Moscú con la intención de ampliar sus estudios, pero al producirse en 1941 la invasión alemana se incorporó al ejército, finalizando la contienda con el grado de capitán. En 1945, acusado de criticar la gestión de Stalin al frente del país, fue condenado a ocho años de cárcel y posteriormente deportado a Siberia, iniciándose así su largo enfrentamiento con los dignatarios soviéticos.

En 1962, luego de haber sido rehabilitado en 1957, Soljenitsin publicó con el momentáneo beneplácito del propio Jrushev la novela «Un día en la vida de Iván Denísovich» -una estremecedora visión de un campo de concentración estaliniano-, obra que le convirtió de la noche a la mañana en un escritor consagrado. No obstante, sus continuas críticas al gobierno soviético y el cariz de sus siguientes libros -«El primer círculo», «Pabellón del cáncer» y «Agosto 1914»- pronto

le granjearon la animadversión del Kremlin. En 1969 Soljenitsin fue expulsado de la Unión de Escritores viéndose sometido a partir de entonces a fuertes presiones para que desistiera de su actitud hasta que finalmente en 1974, a raíz de la publicación de «Archipiélago Gulag», los dirigentes soviéticos le obligaron a abandonar la Unión Soviética, tachándole de traidor.

Después de residir temporalmente en Suiza Soljenitsin se afincó finalmente en Estados Unidos, país que le ofreció la ciudadanía honoraria, donde vive actualmente empeñado en escribir una obra de colosales dimensiones, veinte volúmenes, en la cual intenta reseñar las históricas jornadas revolucionarias de octubre de 1917 y el progresivo afianzamiento del régimen soviético en la antigua Rusia zarista.

Aun cuando es indudable que la obra y el testimonio de Soljenitsin tuvieron una considerable influencia en las corrientes de pensamiento occidentales, especialmente a lo largo de los años setenta, con el paso del tiempo su prestigio se ha visto notablemente mermado. Ello se debe, básicamente, a sus planteamientos políticos de carácter nítidamente reaccionario -Soljenitsin propone para la Unión Soviética un régimen autoritario de cariz paternalista, fundamentado en la religión ortodoxa- y al exacerbado anticomunismo, que en ocasiones raya el fanatismo, de que hace gala.

## El Acta de Helsinki

El auge del movimiento disidente a lo largo de la segunda mitad de la década de los años setenta se vio un tanto facilitado por el hecho de que el gobierno soviético se adhiriera al Acta

Final de Helsinki -nombre con el cual se conoce comúnmente la Declaración de Principios elaborada en la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE)-, suscrita tras más de dos años de laboriosas negociaciones en agosto de 1975 por la práctica totalidad de los países europeos -únicamente se abstuvo Albania-, Estados Unidos y Canadá.

Con el fin de obtener el reconocimiento por parte de los países occidentales del «status quo» territorial surgido tras la derrota del III Reich -lo cual en realidad significaba una aceptación implícita de la existencia de un área de influencia soviética en la Europa del Este- y el «reconocimiento del orden establecido» -es decir, la existencia de regímenes de cariz capitalista y socialista-, el Kremlin transigió en suscribir una serie de principios relativos a los derechos humanos y las libertades fundamentales, entre los que se encontraban buena parte de las reclamaciones básicas de los disidentes. «Los estados participantes -señala el título VII del Acta- respetarán los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos, incluyendo la libertad de pensamiento, conciencia, religión o creencia, sin distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión. Promoverán y fomentarán el ejercicio efectivo de los derechos y libertades civiles, políticas, económicas, sociales, culturales y otros derechos y libertades. (...) En el caso de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, los Estados participantes actuarán en conformidad con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y con la Declaración Universal de los Derechos Humanos».

Si bien el Acta de Helsinki no tenía valor vinculante -era una declaración de principios sin base jurídica que

comprometía sólo éticamente a sus signatarios-, representó para los disidentes un valioso apoyo moral, que se vería acrecentado en los meses subsiguientes gracias a la publicación en Checoslovaquia de la denominada «Carta 77» -un manifiesto firmado por varios cientos de personalidades checoslovacas en favor de los derechos humanos- y al paulatino afianzamiento del eurocomunismo -cuyos planteamientos coincidían en buena medida con la fracción progresista de la oposición antisoviética- lo cual, por otra parte, puso nuevamente de manifiesto la quiebra de la unidad ideológica del movimiento comunista.

### **1975-1980: la eclosión contestataria**

A partir de entonces el Acta de Helsinki fue adoptada como divisa y constante punto de referencia por los disidentes. En 1976, bajo la dirección del físico Yuri Orlov, se inició, con el fin de velar por el cumplimiento de los derechos humanos en la Unión Soviética, la formación de una serie de «Comités para la vigilancia de los acuerdos de Helsinki». Estas comisiones, que junto con el «Fondo Soljenitsin de Solidaridad con las víctimas de la represión y sus familiares» y el «Comité Sajarov por la defensa de los Derechos del Hombre en la U.R.S.S.» -fundados ambos en 1970-, constituyen las organizaciones de índole público más importantes del movimiento disidente, se mostraron muy activas y permitieron una cierta coordinación de la oposición, que alcanzó así uno de sus periodos de mayor actividad.

Como era de prever, el Kremlin reaccionó con firmeza ante esta nueva ofensiva contestataria de los disiden-

tes, calificados por el «Pravda» como «un puñado de individuos que no representan a nadie ni a nada» que sólo podían subsistir gracias al apoyo de Occidente, y si bien los dirigentes soviéticos facilitaron la emigración o el canje de algunos de los disidentes más notorios -Vladimir Bukovski, Leonid Pliushch, Alexander Guinzburg, Lev Kopelev y Alexander Zinoviev, por citar algunos nombres-, volvieron a proliferar las detenciones y los juicios. Entre éstos alcanzó una especial resonancia el proceso de Yuri Orlov, quien, acusado de llevar a cabo «actividades antisoviéticas», fue condenado a siete años de prisión y cinco de exilio interior en 1977. «El poder -señaló a este respecto Andrei Amalrik-, a fin de preservar su propio equilibrio interno, ha evitado el recurso de una represión masiva combinando inteligentemente los diferentes tipos de medidas: prisión, hospitalización forzosa, despido, expulsión al extranjero. Hay que hacer notar que cuando se habla en Occidente de la emigración no debe pensarse que es un resultado de la «detente» -concluye Andrei Amalrik-, sino de la necesidad en que se encuentra el poder de abrir la válvula de seguridad para hacer descender la presión de la caldera».<sup>3</sup>

Paralelamente, la diplomacia soviética consiguió frustrar en el transcurso de la Conferencia de Belgrado de 1978, alegando que era una «cuestión interna», todo intento de llevar a cabo un balance del cumplimiento de los Acuerdos de Helsinki, al mismo tiempo que echaba en cara agriamente a los gobiernos occidentales que fomentaban en sus respectivos países, ellos que se mostraban tan preocupados por la situación de los derechos humanos en la Unión Soviética, un

<sup>3</sup> Andrei Amalrik, op. cit., pág. 64.

modelo de sociedad basado en el enriquecimiento individual en el que existen abismales diferencias sociales y, entre otras muchas injusticias, millones de parados.

Durante los meses inmediatos a la celebración en Moscú de los XXII Juegos Olímpicos, en un clima enrarecido a causa de la invasión soviética de Afganistán y ante el temor del Kremlin de que la oposición pudiera aprovechar el acontecimiento para acrecentar la proyección exterior de sus reivindicaciones, se acentuó el acoso sobre los disidentes, que vieron impotentes cómo era detenido el principal portaestandarte del movimiento: Andrei D. Sajarov.

### **El caso Sajarov**

Sajarov forma parte del que se ha venido a llamar sector liberal-humanista del movimiento disidente. El propio Sajarov se ha definido a sí mismo como «un liberal, un reformista», y en su libro «Mi país y el mundo» (1975), que en buena medida constituye su plataforma política, se muestra partidario de abordar una sustancial liberalización, tanto política como económica, del sistema soviético.

Sajarov nació en Moscú, en el seno de una familia de la «intelligensia» científica soviética, el 21 de mayo de 1921. Siguiendo la tradición familiar se graduó en Física, revelándose desde muy joven como un brillante científico. En 1948 Sajarov empezó a colaborar activamente en las investigaciones que condujeron a la fabricación en 1953 de la primera bomba de hidrógeno soviética, y en reconocimiento a su importante aportación al desarrollo del proyecto -de hecho está considerado junto con I. Y. Tamma el «padre» de la bomba de hidrógeno-, fue

admitido como miembro de número de la «Academia de Ciencias de la URSS».

Con poco más de treinta años, Sajarov se había convertido en uno de los científicos más destacados de la Unión Soviética, y si bien lógicamente sus investigaciones fueron mantenidas en el más estricto de los secretos, sobre su persona llovieron plácemes, privilegios y condecoraciones oficiales. No obstante, ante el cariz que estaban tomando las investigaciones en el campo termonuclear, la actitud de Sajarov se fue haciendo más crítica. «Gradualmente, comprendí la naturaleza criminal no sólo de las pruebas nucleares, sino de la empresa en su conjunto -explicó posteriormente Sajarov-. (...) No podía detener algo que sabía equivocado e innecesario. Era espantoso. Tenía una horrible sensación de impotencia. Después, me convertí en un hombre diferente. Rompí con lo que me rodeaba. Fue una ruptura radical».<sup>4</sup>

A partir de mediados de los años sesenta las censuras y reproches de Sajarov\* al «establishment» soviético se acentuaron. En 1968 se publicó en Occidente -en la Unión Soviética únicamente pudo ser difundido de forma clandestina- su libro «Reflexiones sobre el progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual», obra en la que criticaba abiertamente diversos aspectos del régimen soviético. A raíz de la aparición de este libro Sajarov fue excluido del «Comité de Estado para la Energía Atómica» y apartado definitivamente del programa de armas nucleares.

Sajarov, lejos de amilanarse ante las reiteradas presiones de que era objeto,

se mantuvo firme en sus posiciones en favor de la liberalización del sistema soviético y la salvaguardia de los derechos humanos. En 1970 fundó, junto con Andrei Tverdojlebov y Vassili Chalidza, el «Comité para la defensa de los derechos del hombre en la URSS» -más conocido como «Comité Sajarov»-, que constituye una de las organizaciones más importantes del movimiento disidente, y en 1972 denunció, en un documento dirigido a los corresponsales extranjeros acreditados en Moscú la represión, tanto política como religiosa, y la vulneración de los derechos humanos que tenía lugar en la Unión Soviética.

Por aquel entonces Sajarov, que en los países del Este era tachado de traidor y difamador, estaba considerado ya en Occidente como un símbolo de la lucha por la defensa de los derechos humanos, y en 1975 le fue concedido el premio Nobel de la Paz en reconocimiento, según especificó el «Comité Nobel», de «su amor a la verdad, su firme confianza en la inviolabilidad de la persona humana, su combate contra la violencia y la brutalidad, su valerosa defensa de la libertad del espíritu, su desinterés y sólidas convicciones humanitarias». Ello no fue óbice, a pesar del gran prestigio internacional que le reportó este galardón, para que a principios de 1980, en una maniobra que muchos analistas interpretaron como un intento de intimidar a los disidentes de una vez por todas actuando contra su cabeza visible, Sajarov fuese detenido acusado de «revelar secretos de Estado» y deportado a Gorki, una ciudad situada a unos cuatrocientos kilómetros de Moscú a la que tienen prohibido el acceso los extranjeros.

Para los dirigentes soviéticos Sajarov representa un problema de muy difícil solución, puesto que, a causa

\*Fernando Claudín, «La oposición en el socialismo real». Siglo XXI editores. Madrid, 1981, pág. 37.

del gran interés que suscita su caso, cualquier mínima extralimitación no pasaría desapercibida a la opinión pública internacional, con el consiguiente descrédito que ello les acarrearía. Hasta el momento el Kremlin, a diferencia de otros casos semejantes y pese a las innumerables peticiones recibidas en favor de su libertad, se ha negado taxativamente a autorizar su emigración alegando, a modo de explicación, que Sajarov tiene conocimiento de una serie de cuestiones de vital importancia para la seguridad de la Unión Soviética.

### **Los disidentes: una compleja mezcla**

La oposición antisoviética engloba una amplia gama de posturas políticas, que van desde el socialismo democrático hasta posiciones nítidamente autoritarias. «En conjunto -sintetiza Fernando Claudín- se trata de un movimiento en defensa de los derechos humanos y cívicos; sindicalismo independiente; movimientos nacionalistas ucranianos, bálticos, georgianos, musulmanes, etc.; movimiento de los judíos contra el antisemitismo y por el derecho a emigrar; movimientos religiosos; movimientos culturales variados».<sup>5</sup> A grandes rasgos, si bien sería un tanto aventurado intentar precisar con exactitud su incidencia real, se pueden distinguir varias corrientes perfectamente definidas: la oposición liberal-socialdemócrata, la oposición antidemocrática y, finalmente, los autodenominados «demócratas del partido».

Las figuras más importantes de la

oposición liberal son Andrei Sajarov, el escritor Andrei Siniavski -autor, entre otros libros, de «Luminov» y «La voz del coro»-, y el historiador Andrei Amalrik, fallecido en 1980 en un accidente de circulación en la provincia de Guadalajara. De entre los integrantes de la corriente antidemocrática -partidarios declarados de un orden autoritario y cuyas características fundamentales son un nacionalismo a ultranza y una concepción ortodoxa de la religión-, revisten una especial importancia Alexander Soljenitsin, Melik Agurski y el matemático Igor Chafárevitch. En cuanto a los «demócratas del partido», que si bien no cuestionan el modelo soviético se muestran partidarios de abordar una serie de reformas de talante liberal en el campo político y económico, cabe destacar de forma especial al historiador Roy Medvedev. A pesar de que la mayor parte de ellos pueden ser incluidos perfectamente en alguno de los apartados anteriores, cabe citar asimismo de forma individual a los componentes más significativos de la oposición intelectual, que ha jugado un papel muy importante a lo largo de estos últimos años, y de la denominada «intelligentsia» científica. Entre los primeros gozan de un especial renombre, amén, claro está, de los ya citados Alexander Soljenitsin y Andrei Sinavski, el poeta Alexander Guinsburg y los escritores Yuli Daniel, Lev Kopelev y Alexander Zinoviev, autor de varios libros -«Cumbres abismales», «El comunismo como realidad» y «De brillante porvenir»-, que han alcanzado un notable éxito en Occidente. Por lo que respecta a la «intelligentsia» científica cabe destacar, además de Andrei Sajarov, a los biólogos Jaurés Medvedev y Vladimir Bukovski, el ingeniero Anatoly Shcharansky, el matemático Anatoli Charanski y el físico Yuri Orlov.

---

<sup>5</sup> Andrei D. Sajarov, «Habla Sajarov», Editorial Noguer, Barcelona, 1975, pág. 14.



## El problema de las nacionalidades

Por otra parte, merecen una mención especial los movimientos de índole nacionalista cuya importancia no debe menospreciarse, puesto que, con el paso del tiempo, pueden llegar a convertirse en un grave problema para el Kremlin. No debemos olvidar, a este respecto, que la Unión Soviética es un estado multinacional, integrado por quince repúblicas socialistas federadas, que agrupa más de un centenar de nacionalidades y minorías étnicas muy dispares.

Durante los últimos años los movimientos nacionalistas han experimentado un importante auge, y en algunas nacionalidades que a primera vista podría parecer que se encontraban en trance de ser definitivamente «rusificadas», se ha producido una apreciable toma de conciencia nacional. «Los hay muy variados e incluso parecen tener distintas finalidades -apuntó Vladimir Bukovski refiriéndose a esta cuestión-. Los mesjos y tártaros de Crimea, deportados en tiempo de Stalin al Asia Central, luchan por el derecho a volver a su tierra natal. Los judíos desean emigrara Israel. Los alemanes del Volga y del Báltico quieren regresar a su patria. Los ucranianos, los pueblos de la ribera del Báltico y los de la región del Cáucaso exigen ser reconocidos como nacionalidades independientes, con cultura autóctona».<sup>6</sup>

Este resurgimiento nacionalista que según parece se respira actualmente en la Unión Soviética se ha puesto especialmente de manifiesto en Ucrania, Georgia y, de forma muy especial, en los Países Bálticos -Estonia, Letonia y Lituania- que fueron anexionados por la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. En estos países existen varios colectivos nacio-

nalistas perfectamente implantados que, además de cuestionar el régimen soviético, exigen el reconocimiento de sus derechos nacionales y en algunos casos el derecho a la autodeterminación.

No debemos olvidar, para finalizar, tampoco, la oposición religiosa y obrera. Por lo que respecta a esta última, aun cuando los datos de que se dispone son escasos, todo parece apuntar que, salvo brotes contestatarios más o menos esporádicos, tiene una incidencia limitada. Lógicamente, la falta de una organización, fuera de la oficial, que pudiera canalizar las reivindicaciones del movimiento obrero, prácticamente imposibilita que éste pueda desplegar una oposición efectiva al régimen.

En cuanto a la oposición religiosa, desarrolla su actividad básicamente en el marco de la lucha por los derechos humanos. A este respecto es muy significativo el renacimiento religioso que según todos los indicios se vive actualmente en la Unión Soviética. Se estima que la Iglesia ortodoxa, que en buena medida se ha constituido en la depositaria de la tradición slavófila, cuenta con unos treinta millones de fieles; la Iglesia armenia apostólica, con tres millones; las Iglesias luteranas de Letonia y Estonia, con medio millón y, finalmente, el Consejo reunido de los cristianos evangélicos y de los baptistas, con más de medio millón.<sup>7</sup> Cifras todas ellas harto elocuentes si tenemos en cuenta que la Unión Soviética, a pesar de que su Constitución reconoce «el derecho a profesar una religión», está gobernada por un

---

<sup>6</sup>Vladimir Bukovski, op. cit., pág. 320.

<sup>7</sup>Henry Fesquet y Alain Woodrow, «La persecución religiosa en la Unión Soviética», La Vanguardia, Barcelona, 1 I-IX-1976.



partido ateo que no ha dudado en reprimir, de forma más o menos soterrada, según la coyuntura histórica, el fenómeno religioso.

### Un futuro incierto

Actualmente la disidencia soviética, con la mayor parte de sus figuras encarceladas o en el exilio, se encuentra sumida en un nuevo e incierto «impasse». De hecho, ya a lo largo del mandato de Yuri Andrópov la actividad contestataria quedó muy reducida y el movimiento de los derechos humanos prácticamente desmantelado. A título de mero ejemplo basta recordar que en el transcurso de una conferencia internacional en apoyo de Andrei Sajarov, celebrada en Londres en abril de 1985, se estimó que de los setenta y cinco miembros del «Grupo Helsinki» que operaban en la Unión Soviética, cuarenta se encontraban encarcelados y veinte sometidos a arresto domiciliario.

Intentar predecir la evolución que seguirá la oposición antisoviética sería, cuanto menos, aventurado. El ascenso de Mihail Gorbachev a la Secretaría General del PCUS, que muchos han querido ver como una prueba de esa voluntad de cambio que parece latir en la sociedad soviética, no deja de significar, aun cuando es absurdo pensar en una posible liberalización en profundidad del sistema soviético, un cierto margen de esperan-

za cara a la futura evolución de la Unión Soviética.

No debemos olvidar tampoco que tanto en la Unión Soviética como en algunos países de su área de influencia se han producido, a lo largo de estos últimos años, acontecimientos tan inesperados como sorprendentes -la reciente crisis socio-política de Polonia constituye el último exponente de ello-, que han puesto de manifiesto que los regímenes de la Europa del Este no son tan herméticos e inmutables como pudiera parecer a primera vista. La dinámica interna de los países del «glacis» socialista nos puede reservar pues, tal vez en un futuro cercano, más de una sorpresa.

Por otra parte, aunque aparentemente las cosas parecen haber vuelto en buena medida a su cauce, ello no significa que la disidencia esté en vías de desaparición. «No excluyo la posibilidad de que la disidencia abierta -afirma a este respecto Andrei Sajarov-, por ejemplo, en la forma del movimiento en favor de los derechos humanos, sea liquidada. Pero en el sentido más amplio el proceso del pensamiento disconforme, ya sea abierto o encubierto, es irreversible».<sup>3</sup> Una cosa sí es segura: en una Unión Soviética tan abocada a afrontar sin muchas dilaciones una serie de transformaciones hasta ahora postergadas la disidencia, con su indiscutible autoridad moral, puede jugar un papel muy importante.

---

<sup>3</sup> Andrei Siniavski, «El sistema soviético hoy». Editorial Pablo Iglesias. Madrid, 1984. pág. 111.